

Las tres casas de Alfonso

□ Armando V. Flores Salazar

*Arrojado de mi primer centro,
me sentí extraño en todas partes.
Lloro la ausencia de mi casa infantil
con un sentimiento de peregrinación,
con un cansancio de jornada sin término.*

Alfonso Reyes,
Albores.

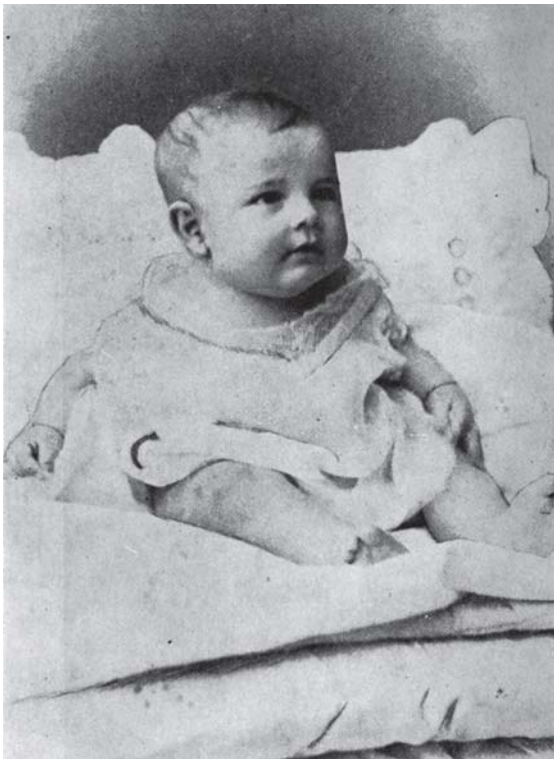
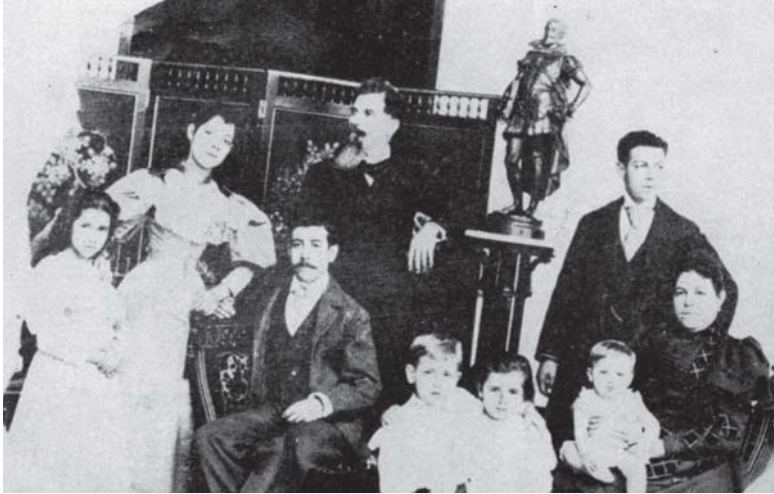


Imagen tomada del libro: *Albores*, Segundo libro de recuerdos de Alfonso Reyes, FCE, 1959, Méx.

Alfonso Reyes a los seis meses.

Yo, Alfonso Reyes Ochoa, nací cerca de las nueve de la noche del 17 de mayo de 1889, el día de San Pascual Bailón, patrono de los cocineros, en la casa de la calle Bolívar No. 7, frente a la plazuela del mismo nombre, y creo que en la mejor época del año, cuando la plazuela respiraba música a todos pulmones y durante el día se oían los pregones de los dulceros, el arrullo incansable de las tórtolas y en las afueras de Monterrey, por la caza menor, los tiros de los cazadores.

La casa en la calle Bolívar, a mediación de la cuadra, tenía como vecinos, a la izquierda, la casa de un agiotista antisocial que poco se dejaba ver y, a la derecha, las casas del licenciado Ignacio Galindo, en cuya hacienda de La Pastora pasamos inolvidables fines de semana; la de don Jesús González Treviño, donde, en los días de lluvia, nos organizaban juegos de salón y deliciosas meriendas; la de las Espinosa, la señora viuda y sus tres hijas, y en la esquina con la calle del Hospital, la casa de don Eduardo Zambrano, el suegro del general Jerónimo Treviño.



El General Bernardo Reyes con su familia.

El selecto barrio de Bolívar tenía de vecino, al poniente, el barrio de La Purísima, donde vivían los Barrera, los Treviño, el senador don Carlos Félix Ayala y el procurador de la república, general Pablo de la Garza; por el otro lado, hacia el oriente, pasando el Parián, se encuentra el barrio parroquial de San Francisco, por el convento, donde viven los Chapa, los Leal y los Videgaray, presumiendo de abolengo; al otro lado del río seco, arrimado a las lomas, se está formando el barrio de San Luisito, barrio de maleantes, donde los muchachos tienen duelos a pedradas -perdón por el juicio ligero que, indiscutiblemente, es de clase social y se lo debo en parte a mi hermano Rodolfo-, y al norte, en los nuevos ensanches obreros, apenas se vislumbra su incipiente formación.

Mi padre, el general Bernardo Reyes, llegó a Monterrey en el otoño de 1885, para ocuparse provisionalmente del gobierno estatal y de la 3ª. Zona Militar que incluía a Nuevo León y a Coahuila. Tomó en renta, para instalar el Cuartel General, la casa en la calle Bolívar No. 7 -luego Padre Mier 247 Poniente, entre Garibaldi y Cuauhtémoc-, propiedad de don Lorenzo González Treviño y su esposa doña Pudenciana Madero. Ya instalado mi padre en el Cuartel, hizo las adecuaciones necesarias en la casona para instalar también a su familia que hizo traer al año siguiente, en 1886.

La casa Bolívar

Era bravía y poco cómoda, era como un campamento en tierra ajena. La casa fue para mis hermanos mayores habitación, cuartel, huerto, que a la vez, en la imaginación infantil, era bosque, gruta, tierra por descubrir, isla de salvajes, escondite para no ir a la escuela, era el centro de todo un conjunto de casas comunicadas por los traspacios y corrales del fondo.

Era amplia y profunda, de calle a calle, de un solo piso, aunque de varios ni-

veles, un patio al centro, flanqueado por dos alas de habitaciones y en los extremos dos callejones que permitían que todas las habitaciones tuvieran aire y luz suficiente.

En la primera parte, al frente, y tributaria a la calle Bolívar, el ala izquierda la ocupaban las habitaciones para la vida familiar, mientras que el ala derecha la ocupaban las oficinas del Cuartel General de la 3ª. Zona. El patio central era espacioso y en dos niveles, el centro más bajo y su perímetro un escalón más alto.

La segunda parte de la casa se constituía por las habitaciones accesorias o de servicio: a la izquierda, las habitaciones bajas de la servidumbre doméstica, el traspacio, un granero y un pajar, mientras que a la derecha, el depósito de armas, municiones y arreos militares para una brigada, el aposento del asistente y la sala de baño con duchas de regadera y de chorro a las que mi padre era tan afecto; al fondo, la huerta de aguacates y nogales, el traspacio con corral de animales domésticos, incluyendo a los pavos reales, la cuadra para doce caballos y las cocheras para los tres coches de respeto, el coche mediano y el "boguecito" del general, mi padre.

Fui el noveno de doce hermanos, cinco hombres y siete mujeres: Bernardo, Rodolfo, María, Roberto, Aurelia, Amalia, Eloísa, Otilia, yo Alfonso, Guadalupe, Eva y Alejandro. Tuve un medio hermano mayor que vivió con nosotros, León Reyes (Durango, 1870), mayor que todos, ingeniero militar, y

quien me regaló mi primera pluma fuente. Antes de mi nacimiento ya habían muerto Roberto, Aurelia y Eloísa, y antes de cumplir los cinco años, morirían también de niños, sin tiempo de dejar rastro, Guadalupe y Eva.

Me recuerdo enfermizo, padecí pulmonía, tos ferina, sarampión, paperas, fiebres recurrentes, jaquecas, dolores de cabeza, problemas dentales y trastornos digestivos. La mortalidad infantil era un temido fantasma recurrente en ese tiempo.

Poco antes de mi nacimiento se habían comenzado los trabajos de construcción de la nueva casa en la propiedad que mi padre había adquirido en el mismo barrio, en la acera sur de la calle de atrás, la calle Degollado -hoy Hidalgo al poniente, entre Garibaldi y Cuauhtémoc-.

No había yo cumplido los doce meses cuando mi gente se acomodó en la nueva casa, la verdadera casa de mi niñez, la casa de mis recuerdos, que mi padre hizo construir a su manera. Después he podido comprobar que el patio y los arcos eran como los de la casa en que él nació.

La casa Degollado

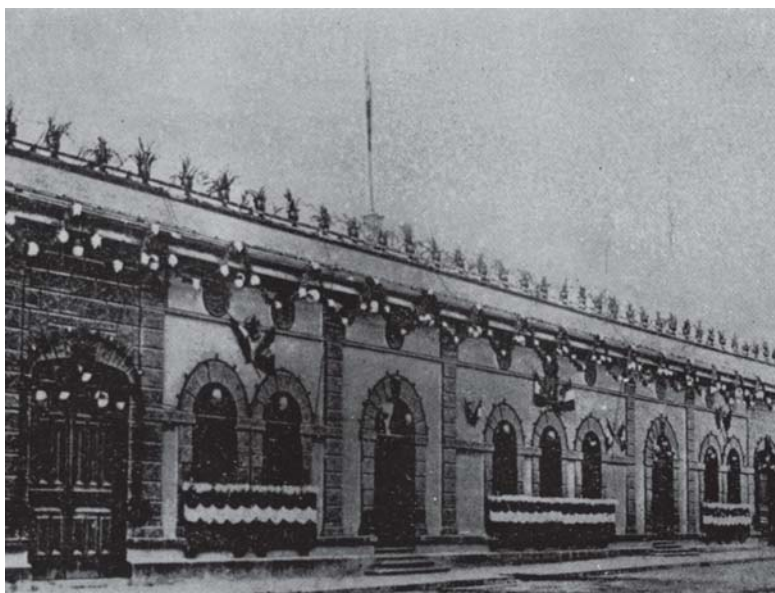
La casa Degollado reproduce el esquema de la casa Bolívar en tanto ser de un piso, la fachada con el paramento en el límite de la banquetta, tener la porción doméstica y la porción militar, las tres zonas sucesivas: la de los adultos, la de niños y criados y la de árboles y animales; y tener los pasillos en ambos extremos para permitir la iluminación y ventilación natural a las habitaciones distribuidas alrededor de patios centrales.

La fachada a la calle es un cuerpo horizontal subdividido por pilastras en siete calles y, viéndola de frente, aloja, de derecha a izquierda, el acceso de coches de la familia, las dos ventanas de la sala de estar, la puerta principal a la casa, las

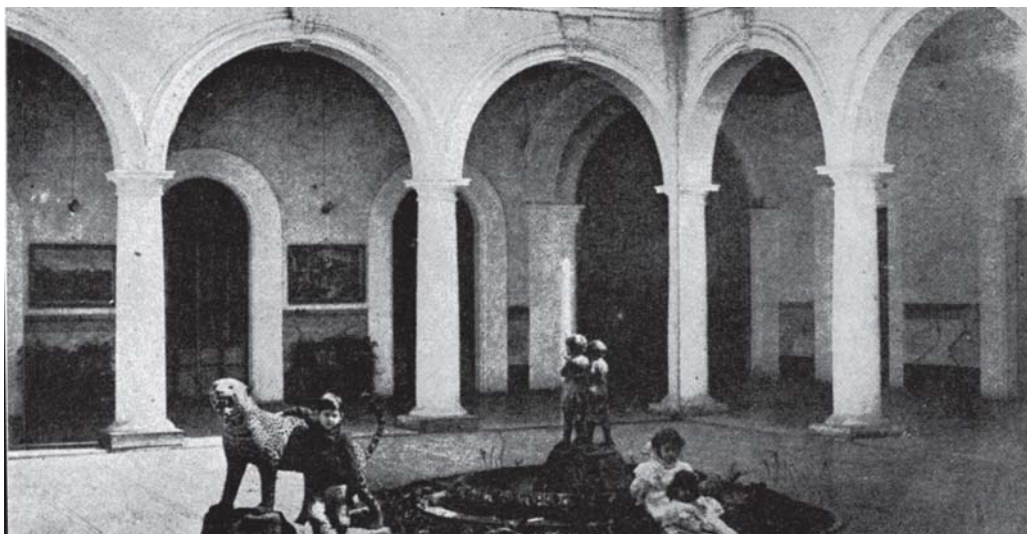
tres ventanas de la sala de invierno duplicada al interior por la sala de verano, la puerta de acceso al Cuartel, las dos ventanas del despacho militar y la puerta de acceso de los carros del Cuartel.

Los zaguanes de las cocheras se cierran con arcos escarzanos y el resto de las puertas y ventanas balcón, con arcos romanos. Cuatro escalones la levantan de la banquetta y la cornisa recta primero y un pretil ciego después, la recorren de lado a lado como austero remate. La severa simetría en la composición de la fachada no se interrumpe con el asta bandera colocada en el techo, detrás del pretil y sobre la puerta del cuartel.

La porción doméstica cuenta con el recibidor, la sala de estar, el amplio tocador, las salas de invierno y de verano, sordas de tapices y alfombras y profusamente adornadas con estatuillas, retratos al óleo de la familia y muebles de entalle; el amplio salón comedor con siete puertas, paralelo a las salas, plantado entre cuatro corredores, limita y divide a los dos patios, el primero con fuente y el segundo abundado con plantas de jardín: el jardín de María; seis cómodas alcobas -la mía frente al comedor y a la cabeza la de mis padres, con un Cristo de marfil sobre la cabecera de la cama



Casa Degollado, fiesta nacional.



Casa Degollado, corredores del primer piso.

y bajo el dosel-, la inmensa cocina, la despensa, dos cuartos para la servidumbre, separando hombres de mujeres, y el desván o cuarto de "tiliches".

La porción del Cuartel General cuenta con salas, oficinas, el despacho matutino del gobernador -por las tardes despacha en el edificio de gobierno en la calle del Comercio-, la biblioteca, el depósito de armas, el cuarto de monturas y arneses, el baño pompeyano con duchas de presión y otras piezas secundarias para los ayudantes.

Los patios y los amplios corredores, limitados por arquerías de medio punto, articulan y cohesionan las distintas partes, son de notoria presencia y llenan de sol y vida la casa-cuartel. En su polivalencia de zona semipública es donde se extiende la vida social, se disfruta el descanso de fin del día, se toleran los juegos infantiles de patines y bicicletas, y la presencia abundante de muebles de descanso, plantas en macetas y pájaros en jaulas invitan a fomentar el diálogo y la convivencia.

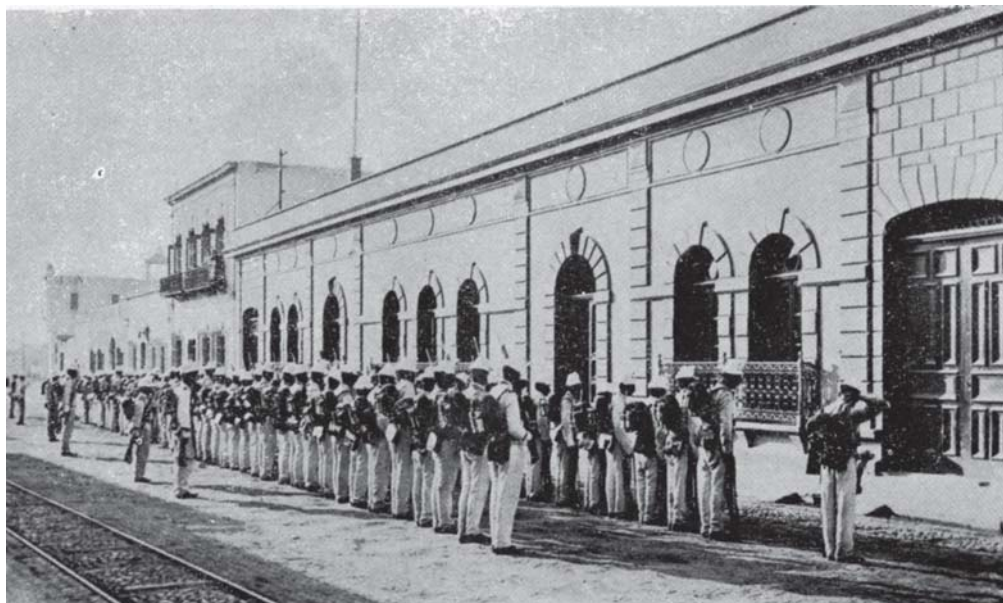
Se completa la casa con el traspatio empedrado donde se ensillan o se enganchan los caballos y los coches se guardan bajo cobertizos; luego, la enorme huerta poblada de árboles frutales, hortalizas, pavos reales, gallinas de guinea y garzas que dibujan en el suelo húmedo estrellas al caminar; equipada con andadores, canales de riego, tomas de agua,

aljibe, torre y pozo artesiano de molino, y al fondo, las cuadras de animales y el último portón, en el límite incierto del río, casi sobre el barrio de San Luisito. En esta casa todo era amplitud, comodidad, buena comida, luz de sol, resolana y aire.

Estudié el primero y segundo año de primaria en el Colegio San Luis Gonzaga, a media cuadra de la casa, frente a la plazoleta "Degollado" en la calle del Comercio, hoy Morelos, también asistían mis hermanas Amalia y Otilia y mis primeras letras las aprendí de la profesora Manuela Sada de Treviño, directora del colegio. Luego asistí al Instituto de Varones, al Colegio Bolívar y concluí los estudios primarios en el Lycée Francais du Mexique, en la capital del país.

Había que pasar fuera de Monterrey los calurosos estíos, sobre todo en el tiempo de canícula. Las primeras vacaciones veraniegas que recuerdo las pasé en La Fama, en la casa del señor Santiago Andrews, luego las que pasé en la casa de don Agustín Maiz, en el mineral de San Pedro y San Pablo, en las cumbres de la Sierra Madre, y las inolvidables en el Mirador.

Para el verano de 1897 ya pudimos usar la casa de verano que mi padre mandó construir en El Mirador, un paraje en la parte alta del Cerro del Caído, en la Sierra Madre, al sur de la ciudad.



Casa Degollado, revista matinal.

El terreno lo facilitaron las señoritas Martínez Echartea, grandes de edad y primas del general Pedro Martínez, las dueñas del rancho de Mederos y de casi todo el Cerro del Caído, mientras lo habitáramos la familia Reyes. Se habilitó el conjunto en gran medida por las cuadrillas de "presos de confianza" que facilitaba el doctor Pedro C. Martínez, el alcalde de Monterrey y homónimo del general. Desde el Mirador, mi casa urbana se distinguía fácilmente por la torre y molino de viento y por la huerta.

Las estancias fueron de 1897 a 1899 y de 1903 a 1905, año en que me mandaron a vivir a la Ciudad de México con mi hermano Rodolfo.

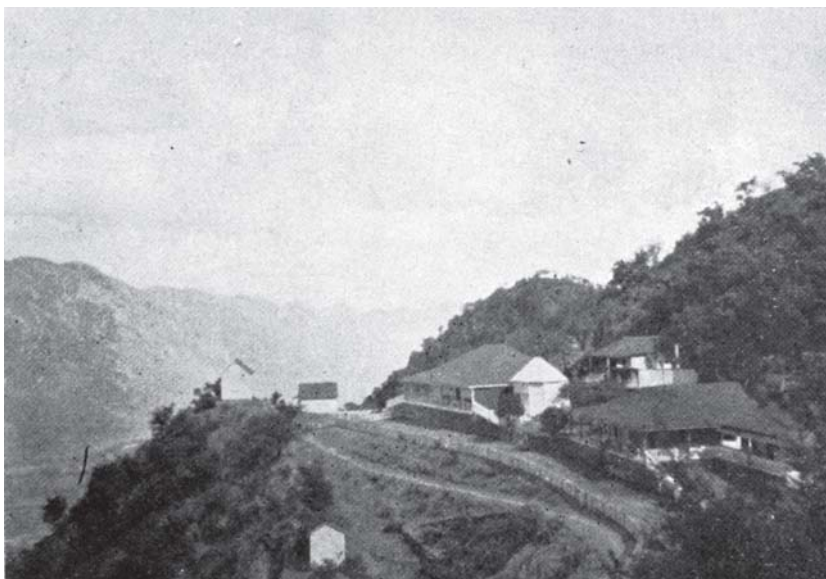
La casa Mirador

Al Mirador se llegaba por dos caminos: la vereda o camino empinado propio para subir en lomo de animales y la carretera o camino de terracería para subir en coches y carretas. Había que rodear la base del cerro y trepar por su espalda ascendiendo por caminos serpentinados.

Después de pasar por varios sitios habitados se llegaba a la explanada, en el último repecho de la cumbre, después

del bulevar de pasto aparece a la derecha la casa y el taller del guardián Ceferino García, luego el despacho de mi padre, sobre el abismo y atado con fuertes cables de acero, y dando frente al patio-explanada, las casas con corredor y terrazas para las tres familias: los Reyes, los tíos Madrigal y los Reichmann de la droguería León. Los niños de las tres familias nos pasábamos los días haciendo excursiones, paseando a caballo, nadando en arroyos y también improvisando fiestas, componiendo comedias, inventando disfraces y montando cuadros teatrales.

Mis recuerdos del lugar están mayormente relacionados con las excursiones montañesas y los fenómenos climáticos como el viento inusual, con presencia casi animal, que arrebatava sombrillas, deshacía los peinados, golpeaba las puertas, zumbaba y aullaba de noche y se robaba lo que podía; o cuando nos sorprendía la lluvia y los rayos estallaban a nuestras espaldas y los cabellos sueltos de las niñas se encendían con los relámpagos; o con la niebla que hacía que los cabellos se cuajaran de perlititas y gozábamos con las sorpresas del encuentro inesperado; o con las nubes, que se podían ver al revés, abajo, en los pies, y yo trataba de disparlas haciendo viento con mi sombrero, nos sentíamos es-



Mirador.

tar en la región germinativa del agua, del rayo, en el seno mismo del arco iris.

En enero de 1900 partimos toda la familia a la Ciudad de México, pues mi padre ocupó la cartera de Guerra y Marina, en el gobierno del general Díaz. Concluí allí mis estudios primarios y mi infancia, y regresamos de nuevo en 1903, ya como adolescente me inscribieron en el Colegio Civil para los estudios preparatorios, que interrumpí en 1905 para concluirlos en la Escuela Nacional Preparatoria de la capital, viviendo con mi hermano Rodolfo. Monterrey quedaba en los recuerdos.

Regresé a Monterrey después de la gran inundación de 1909, a despedir a mis padres que se iban a París, tras la renuncia de mi padre como gobernador. Mi casa se cerró y sin saberlo todavía pasaba a ser parte de mis recuerdos, también había comenzado su deterioro pues el ciclón se había llevado la mitad al fondo y desaparecido los árboles que crecieron conmigo.

Seguí la vida, me casé con Manuela Mota, nuestro único hijo, también Alfonso, nació en 1912, mi padre murió en 1913. En ese mismo año, después de obtener título de abogado en la Universidad Nacional, dejé el país para atender el tra-

bajo como segundo secretario de la Legación de México en Francia, con ello me inicié en la vida diplomática que se continuó en España, Argentina, Suiza y Brasil, periplo que se prolongó hasta 1939. Volví a radicar en México con 40 años de edad y retomé la vida académica. También escribí, escribí mucho, con avidez, incansablemente.

Regresé a Monterrey en varias ocasiones y por distintos motivos, siempre con la emoción desbordada del encuentro. La Universidad de Nuevo León me otorgó el doctorado

Honoris Causa en 1933 y me hicieron miembro honorario la Barra de Abogados y de la Sociedad de Historia. Se me distinguió con el epíteto de Regiomontano Universal.

El 19 de mayo de 1979, por el 90 aniversario de mi natalicio, el Ayuntamiento de Monterrey colocó una placa conmemorativa en la casa donde nació.

Hoy ya no existen las casas de mi niñez.

Durante muchos años, y todavía en 1958 -poco antes de morir-, volvía a mí un sueño repetido: que había yo recobrado y restaurado la casa de mi infancia y otra vez habitaba en ella.

Referencias

1. Reyes, Alfonso, Obras Completas, Tomo XXIV. Parentalia, pp. 353-480, Albores, pp. 491-581, Fondo de Cultura Económica, México, 1990.
2. Alfonso Reyes. Instrumentos para su estudio. Compilación de José Ángel Rendón Hernández, Ed. UANL, Monterrey, N.L. 1980.
- 3 "La infancia de Alfonso Reyes a través de los recuerdos de un íntimo amigo", entrevista a Antonio Muguerza, en El Porvenir, 2ª. Sección, 15 de mayo de 1927, pp. 1 y 7.